

Historia del español. El español en la música



Profesoras:

Ariana Suárez Hernández

Ana Benavides González



Tema 4. ¿Hacia dónde va nuestra lengua?

¿Qué cambios podemos esperar?

1. ¿Hacia dónde va nuestra lengua?

- El objetivo de este tema es reflexionar sobre los cambios a los que se enfrenta la lengua. Ya hemos visto en temas anteriores cómo la lengua ha ido cambiando y evolucionando hasta llegar al estado en el que la conocemos en la actualidad.
- La pregunta que debemos hacernos ahora es: ¿la lengua va a continuar cambiando? ¿o ya ha alcanzado su estado definitivo?
- Sin duda, la respuesta a la primera pregunta es “sí”, la lengua va a continuar cambiando, pues se trata de un ente vivo, y son sus usuarios, es decir, los hablantes, quienes tienen el poder de cambiar y modificar la lengua.
- Por lo tanto, la respuesta a la segunda pregunta es “no”, la lengua no ha alcanzado su estado definitivo, es más, ¿cuál es el estado definitivo de una lengua? Podríamos afirmar que este no existe, pues la lengua siempre está en constante cambio.

2. Qué cambios podemos esperar

- Actualmente, y desde hace generaciones, en la lengua se están produciendo algunos cambios con consecuencias importantes en el nivel fonético, que aún no han llegado al nivel ortográfico.
- Es el caso de la distinción entre *b* y *v*. Si bien fonéticamente era posible distinguir la pronunciación de los dos sonidos, en la actualidad esa distinción no solo no se hace, sino que tampoco se recomienda. Por el momento, ese cambio se ha mantenido en la oralidad y no ha pasado a la escritura, pero el devenir histórico de la lengua nos enseña que es posible que este cambio acabe pasando al nivel ortográfico.
- Un cambio similar al anterior es el de la distinción entre *ll* e *y*. Actualmente son relativamente pocos los hablantes que son capaces de distinguir los dos sonidos, pero en la grafía continúa haciéndose la distinción.

- Quizá sea el nivel léxico el que con mayor facilidad refleja los cambios, el más convulso y el más tendente a los cambios. Introducir un cambio léxico es bastante sencillo, pues basta con que una expresión o palabra se “ponga de moda” para que se extienda con rapidez entre los hablantes. A continuación, veremos algunos ejemplos.
- La expresión “en plan”. Esta expresión no supone una innovación en sí misma, porque data de varios siglos atrás, pero el uso abusivo que se hace de ella en la actualidad sí es reciente. Su significado real es el de una comparación: “saldremos esta tarde en plan tranquilo”. Sin embargo, su uso se ha extendido hasta el punto de que, sobre todo los hablantes más jóvenes, la utilizan con total asiduidad y sin un valor concreto, simplemente a modo de coletilla con la que enlazar todas las oraciones.
- Nuevas expresiones en la búsqueda de un género gramatical inclusivo. A pesar de que en español el masculino es el género inclusivo y no marcado, movimientos recientes afirman que el uso del masculino es sexista, y por ese motivo se buscan nuevas fórmulas para hacer referencia a ambos sexos o a personas asexuadas: chiques, chicxs, chic@s. Por el momento, ninguna de estas opciones se considera correcta, pero serán los hablantes quienes tengan la última palabra en cuanto al éxito y extensión o no de estas expresiones.

3. El interés y la preocupación por los cambios no es algo nuevo

- Efectivamente, no son tan recientes las voces que expresan su interés y su preocupación por los cambios que va experimentando el lenguaje.
- Gabriel García Márquez ya reflexionó sobre ellos en su famosa intervención en el I Congreso Internacional de la Lengua Española celebrado en la ciudad mexicana de Zacatecas en 1997. A continuación, puedes leer el texto completo, titulado *Botella al mar para el Dios de las palabras*.

A mis 12 años de edad estuve a punto de ser atropellado por una bicicleta. Un señor cura que pasaba me salvó con un grito: «¡Cuidado!». El ciclista cayó a tierra. El señor cura, sin detenerse, me dijo: «¿Ya vio lo que es el poder de la palabra?» Ese día lo supe. Ahora sabemos, además, que los mayas lo sabían desde los tiempos de Cristo, y con tanto rigor que tenían un dios especial para las palabras.

Nunca como hoy ha sido tan grande ese poder. La humanidad entrará en el tercer milenio bajo el imperio de las palabras. No es cierto que la imagen esté desplazándolas ni que pueda extinguirlas. Al contrario, está potenciándolas: nunca hubo en el mundo tantas palabras con tanto alcance, autoridad y albedrío como en la inmensa Babel de la vida actual. Palabras inventadas, maltratadas o sacralizadas por la prensa, por los libros desechables, por los carteles de publicidad; habladas y cantadas por la radio, la televisión, el cine, el teléfono, los altavoces públicos; gritadas a brocha gorda en las paredes de la calle o susurradas al oído en las penumbras del amor. No: el gran derrotado es el silencio. Las cosas tienen ahora tantos nombres en tantas lenguas que ya no es fácil saber cómo se llaman en ninguna. Los idiomas se dispersan sueltos de madrina, se mezclan y confunden, disparados hacia el destino ineluctable de un lenguaje global.

La lengua española tiene que prepararse para un oficio grande en ese porvenir sin fronteras. Es un derecho histórico. No por su prepotencia económica, como otras lenguas hasta hoy, sino por su vitalidad, su dinámica creativa, su vasta experiencia cultural, su rapidez y su fuerza de expansión, en un ámbito propio de 19 millones de kilómetros cuadrados y 400 millones de hablantes al terminar este siglo. Con razón un maestro de letras hispánicas en Estados Unidos ha dicho que sus horas de clase se le van en servir de intérprete entre latinoamericanos de distintos países. Llama la atención que el verbo *pasar* tenga 54 significados, mientras en la República de Ecuador tienen 105 nombres para el órgano sexual masculino, y en cambio la palabra *condoliente*, que se explica por sí sola, y que tanta falta nos hace, aún no se ha inventado. A un joven periodista francés lo deslumbran los hallazgos poéticos que encuentra a cada paso en nuestra vida doméstica. Que un niño desvelado por el balido intermitente y triste de un cordero dijo: «Parece un faro». Que una vivandera de la Guajira colombiana rechazó un cocimiento de toronjil porque le supo a Viernes Santo. Que don Sebastián de Covarrubias, en su diccionario memorable, nos dejó escrito de su puño y letra que el amarillo es «la color» de los enamorados. ¿Cuántas veces no hemos probado nosotros mismos un café que sabe a ventana, un pan que sabe a rincón, una cerveza que sabe a beso?

Son pruebas al canto de la inteligencia de una lengua que desde hace tiempo no cabe en su pellejo. Pero nuestra contribución no debería ser la de meterla en cintura, sino al contrario, liberarla de sus fierros normativos para que entre en el siglo venturo como Pedro por su casa. En ese sentido me atrevería a sugerir ante esta sabia audiencia que simplifiquemos la gramática antes de que la gramática termine por simplificarlos a nosotros. Humanicemos sus leyes, aprendamos de las lenguas indígenas a las que tanto debemos lo mucho que tienen todavía para enseñarnos y enriquecernos, asimilemos pronto y bien los neologismos técnicos y científicos antes de que se nos

infiltran sin digerir, negociemos de buen corazón con los gerundios bárbaros, los qués endémicos, el dequeísmo parasitario, y *devuélvamos* al subjuntivo presente el esplendor de sus esdrújulas: *váyamos* en vez de *vayamos*, *cántemos* en vez de *cantemos*, o el armonioso *muéramos* en vez del siniestro *muramos*. Jubilemos la ortografía, terror del ser humano desde la cuna: enterremos las haches rupestres, firmemos un tratado de límites entre la ge y jota, y pongamos más uso de razón en los acentos escritos, que al fin y al cabo nadie ha de leer *lagrima* donde diga *lágrima* ni confundirá *revólver* con *revolver*. ¿Y qué de nuestra be de *burro* y nuestra ve de *vaca*, que los abuelos españoles nos trajeron como si fueran dos y siempre sobra una?

Son preguntas al azar, por supuesto, como botellas arrojadas a la mar con la esperanza de que le lleguen al dios de las palabras. A no ser que por estas osadías y desatinos, tanto él como todos nosotros terminemos por lamentar, con razón y derecho, que no me hubiera atropellado a tiempo aquella bicicleta providencial de mis 12 años.

4. Reflexión final

- Como cierre de este tema te proponemos que reflexiones sobre los cambios en la lengua: cuáles otros crees que están ocurriendo, cuáles crees que pueden tener éxito y, especialmente, qué opinión tienes sobre esos cambios: ¿son positivos? ¿son naturales? ¿se debe poner algún límite a los cambios?

5. El “inmovilismo” de la notación musical

- La música corre paralela a su grafía en muchos sentidos, pero no es tan ágil ni dinámica como la lengua que usamos. El “neologismo musical” tiene muy difícil acceso, se encuentra con una barrera difícil de traspasar. Si difícil es en lo sonoro, lo es más aún en su lenguaje. Cabría pensar que un cambio de estética o de estilo ha de ir acompañado de una notación diferente o, al menos, alguna modificación o adecuación en su grafía. Sin embargo, no es así. Los cambios estéticos se producen, pero la notación apenas se modifica. Aunque muchos compositores contemporáneos nos dejan ejemplos de nuevas apuestas en la notación, en realidad, estas nuevas tentativas han quedado en eso, en prototipos que no han llegado a cuajar, que no se han generalizado. El resultado final es que a menudo cuando abrimos una partitura contemporánea encontramos al inicio tablas explicativas de nuevos signos con frecuencia inventados por su autor.

- Por otra parte, la poca “modernización” del lenguaje musical evidencia la enorme versatilidad y eficiencia de su código. Músicas de estilos muy diferenciados, de estilos antagónicos se pueden expresar usando la misma notación musical de hace siglos. Quizá el hecho de inventar nuevas grafías responde más a cuestiones extra musicales. “A estéticas nuevas, nuevos lenguajes”, piensan muchos, en una especie de patología de la originalidad. Pero en realidad, se tropieza con dos muros. El intérprete conoce, está hecho a un sistema notacional que lleva generaciones ejerciendo su función, y es muy reacio a aceptar novedades. Por otra parte, muchas de estas músicas rompedoras pueden expresarse con el lenguaje al uso, por lo tanto, la nueva notación inventada o creada *ad hoc* sería en realidad ociosa.
- Sin embargo, ¿toda realidad musical queda amparada por la notación convencional? Rotundamente no. Quedan muchas músicas, sobre todo músicas étnicas, que aún no se pueden plasmar en el pentagrama. Por ejemplo, los cuartos de tono del cante flamenco no encuentran su acomodo en el pentagrama que solo puede albergar medios tonos como mínimo. Pero también es cierto que pocos detalles muy específicos en el tempo o en la intensidad tienen su paralelo exacto en la notación. El intérprete es con frecuencia otro creador, que ha de reinterpretar siguiendo una partitura que a menudo funciona como mero punto de partida, no de llegada. Y esto es algo que no es nuevo. Bach dejaba mucho a la improvisación del intérprete, y en el otro extremo del tiempo, también compositores contemporáneos del siglo XXI nos dejan simples trazos que requieren de la traducción sonora del intérprete.
- Por otra parte, durante la historia de la música se ha tratado a menudo de exceder los límites del lenguaje musical, buscando alianzas en otras artes, en otros lenguajes. Se recurre así al dibujo, a la plástica. Se insertan líneas, dibujos figurativos o abstractos, y el intérprete lo ha de transformar en música según sus impulsos, su creatividad, buscar un correlato sonoro. Visto así, el número de versiones puede ser infinito. Un ejemplo formidable nos lo deja Heitor Villalobos con sus perfiles sonoros de Nueva York o de Río de Janeiro, o Murray Schaeffer con sus paisajes sonoros.
- Por otra parte, no faltan tentativas entre los compositores de crear un lenguaje musical inclusivo, un lenguaje al que puedan acceder personas con diferentes deficiencias. Encontramos un magnífico

ejemplo en las partituras para niños con algún tipo de discapacidad, como las llevadas a cabo por el compositor Jesús Rueda, o las hechas en braille, como las que nos deja el célebre autor del *Concierto de Aranjuez*, Joaquín Rodrigo, ciego desde los tres años.